

## LVII.

»Y tú, noble Lisboa, que en el mundo  
Fácil de las demas eres princesa,  
Que naciste del genio del facundo  
Por cuyo engaño fue Dardania opresa;  
Tú, á quien dócil se humilla el mar profundo,  
Te humillaste á la audacia Portuguesa,  
Asistida también de fuerte armada,  
De las Boreales playas destacada.

## LVIII.

»Del Germánico Álbis, y del Reno,  
Y la fria Bretaña allí venidos,  
Fueron á destruir al Sarraceno,  
De inspiracion cristiana conducidos;  
Y embistiendo el bocal del Tajo ameno,  
Del grande Alfonso al estandarte unidos,  
A cuya sombra y fama van seguros,  
Ponen el cerco á los Ulíseos muros.

## LIX.

»Cinco luces la luna brilló entera,  
Y otras cinco escondió su imágen clara,  
Cuando el pueblo rendirse considera  
Que es la suerte que el cielo le depara;  
Y fue la lucha tan sangrienta y fiera,  
Cuanto el firme propósito obligara  
De vencedores ásperos y osados,  
Y de vencidos ya desesperados.

## LX.

»De este arte, en fin, postrada se rendia  
Aquella que en los tiempos ya pasados  
Jamás á la gran fuerza obedecia  
De los pueblos Escíticos osados:  
Cuyo poder á tanto se estendia,  
Que Íber y Tajo viéronle asombrados,  
Y del Bétis gran tierra poseyendo,  
Con nombre de Vandalia fue creciendo.

## LXI.

»Habrà ciudad alguna por ventura  
Tan fuerte que resista, si Lisboa  
No puede resistir la fuerza dura  
De gente á quien laurel siempre corona?  
Ya toda le obedece Estremadura,  
Obidos, Alenquer, y los que abona  
Campos vívida linfa que entre piedras  
Va murmurando alegre á Torres-Vedras.

## LXII.

»Y vosotras ¡oh tierras Transtagañas!  
Del don tan ricas de la rubia Céres,  
Las ciudades le dais y las cabañas,  
Obedeciendo á más que humanos séres:  
Y tú, Moro cultor, ¡cuánto te engañas  
Si sustentar el fértil campo quieres!  
Ya Moura, y Sérpa, y Elvas distinguidas,  
Y Alcázar de la Sal están rendidas.

## LXIII.

»Ved á la gran Ciudad, seguro asiento  
Del rebelde Sertorio antiguamente,  
De donde rio líquido de argento  
Hoy lejos va á surtir á tierra y gente  
Por los arcos de Rey que ciento á ciento  
En los aires se elevan noblemente:  
Vedla ceder al brio y fuerza brava  
De Giraldo, que medios no llevaba.

## LXIV.

»Ya á la ciudad de Beja á imponer grave  
Pena va de Trancoso destruida  
Alfonso, á quien reposo no le cabe  
Por alargar con fama corta vida;  
Y aunque asaz poco resistirle sabe,  
No bien la ciudad triste cae rendida,  
En lo que aun vivo está, la gente airada  
Ensangrienta los filos de la espada.

## LXV.

»Con ella subyugada fue Palmella  
Y Coimbra Florida juntamente;  
Y solo á fuer de su propicia estrella,  
Desbarata un ejército potente;  
Que yendo á la ciudad, al señor de ella  
Ve que á ampararla viene diligente  
Por la falda del monte, descuidado  
Del temeroso encuentro inopinado.

## LXVI.

»Era el de Badajoz, Rey y alto Moro,  
Con cuatro mil caballos escogidos,  
Y peones sin fin, de armas y de oro  
A barbárica usanza guarnecidos.  
Mas como en el de Mayo el bravo toro,  
De vaca con los celos encendido,  
Al sentir gente, bruto y ciego amante,  
Asalta al descuidado caminante:

## LXVII.

»Así Alfonso de pronto ha aparecido  
A la gente que pasa bien segura:  
Hiere, mata y derriba enfurecido,  
Y huye el Rey, que salvarse solo cura:  
Su ejército, de espanto poseido,  
Todo seguirle en dispersion procura;  
Siendo los que esto hicieron (no lo callo)  
Nada más que sesenta de á caballo.

## LXVIII.

»Y sigue la victoria sin tardanza  
El gran Rey incansable, reuniendo  
Gente de todo el reino, cuya usanza  
Era andar siempre tierra sometiendo.  
Y cerca á Badajoz y luego alcanza  
El fin de sus deseos, combatiendo  
Con tanto esfuerzo, y arte, y valentía,  
Que hace pronto á las otras compañía.

## LXIX.

»Pero el Señor, que hasta muy lejos guarda  
El castigo de aquel que lo merece,  
Y para que se enmiende lo retarda,  
Por designio que al hombre no aparece,  
Si hasta aquel día al fuerte Rey resguarda  
De tanto y tanto riesgo á que se ofrece,  
Ora á la maldición le entrega impresa  
Por la madre infeliz, que tiene aun presa.

## LXX.

»Que en la ciudad estando que cercára,  
Cercado en ella fué por Leoneses,  
Porque aquella conquista les quitára  
Suya de antes, que no de Portugueses.  
La pertinacia aquí le costó cara,  
Cual del hado sucede en los reveses,  
Que cayó de su orgullo en el acceso,  
Y en la lid que buscó, vencido y preso.

## LXXI.

»¡Oh famoso Pompeyo, no te pene  
De tus hazañas ínclitas la ruina,  
Ni el ver que justa Némesis ordene  
Victoria contra tí del suegro dina!  
Y por más que tu nombre el Sínér llene  
Que la sombra á ningún extremo inclina,  
El Fásis frío, el Bótes congelado,  
Y de la Línea el límite abrasado;

## LXXII.

»Y aunque domes á Arabia, y los feroces  
Heniócos, y los Cólcos, cuya fama  
Dice el áureo vellon: los Capadoces;  
Y á Judea, que á un Dios adora y ama:  
Los blandos de Sofène, y los atroces  
Cilícios, y la Armenia, que derrama  
Las aguas de dos rios, cuya fuente  
Está en monte más santo y eminente:

## LXXIII.

»Y aunque, en fin, desde el mar este de Atlante  
Hasta el Scítico Táuro cerro erguido  
Vencedor te temblaron, no te espante  
Si el Emátio una vez te vió rendido:  
Porque verás á Alfonso, antes triunfante  
De todos y soberbio, ser vencido.  
Quísolo así el consejo divo, eterno;  
Que á aquel venciera el suegro y á este el yerno

## LXXIV.

»Ya vuelto el Rey sublime finalmente  
Por el divino juicio castigado;  
Después que en Santarem osadamente  
Del Sarraceño en vano fué cercado,  
Y después que del gran mártir Vicente,  
El santísimo cuerpo venerado  
Del sacro promontorio tan sabido,  
A la ciudad de Ulises fue traído:

## LXXV.

»Porque su ansiado plan lleve adelante,  
Al hijo fuerte manda el laso viejo  
Que, con hueste y apresto fulminante,  
Marcial la tierra embista de Alentejo.  
Sancho, de esfuerzo y ánimo pujante,  
Pasa, y pronto correr hace vermejo  
El rio que á Sevilla va regando,  
Con sangre vil del Sarraceno infando.

## LXXVI.

»Y con esta victoria, más ansioso,  
Ya no descansa el mozo hasta que mira  
Otro estrago, cual este temeroso,  
En el infiel que á Beja en torno gira.  
No tardó mucho el Príncipe dichoso  
Sin realizado ver lo que suspira;  
Con que rabioso el Moro, en la venganza  
De sus pérdidas, pone su esperanza.

## LXXVII.

»Júntanse los del monte á quien Medusa  
Le hizo perder el cuerpo de antes feo:  
Vienen del promontorio de Ampelusa,  
Y del Tingo, que asiento fue de Anteo.  
Del Ábila la gente no se escusa  
De llevar á la empresa armas y arreo;  
Y se alza, al son de la morisca tuba,  
Todo el reino que fue del noble Juba.

## LXXVIII.

»Con tal entraba inmensa compañía  
El Mir-Almumenim en Lusitania,  
Que á trece Reyes Moros de valía  
Rige, con superior cetro, en campaña,  
Y haciendo al paso cuanto mal podía,  
Y á impulso acaso de no propia saña,  
Va á cercar, no viniéndole muy ancho,  
En Santarem con ímpetu á D. Sancho.

## LXXIX.

»Dále combates ásperos, haciendo  
Mil ardidés de guerra el Moro odioso:  
Mas no allí le aprovecha tubo horrendo,  
Secreta mina, ariete poderoso;  
Porque el hijo de Alfonso, no perdiendo  
Ni el sentido, ni el brío generoso,  
Opone en todas partes resistencia,  
Ánimo incontrastable, alta prudencia.

## LXXX.

»Y el viejo, á quien habian obligado  
Los trabajosos años al sosiego,  
En la ciudad estando, cuyo prado  
Enverdecen las aguas del Mondego:  
Sabiendo cómo el hijo está cercado  
En Santarem del Moro pueblo ciego,  
Parte de la ciudad tan diligente,  
Que no parece que contó los veinte.

## LXXXI.

»Y con la vieja hueste, en guerra usada,  
Al hijo va á ayudar; y así ayuntados,  
La Portuguesa furia acostumbrada  
A los moros dispersa destrozados,  
Dejando la campiña bien cuajada  
De plumas, y marlotas, y tocados,  
De caballo, y jaez, y escudo, y pica,  
De hartos muertos señores presa rica.

## LXXXII.

»Lo que quedó de tantos salió fuera  
De Lusitania, en espantosa huida;  
El Mir-Almumenim solo no huyera,  
Porque antes, triste, se le huyó la vida.  
A quien les dió victoria tan entera  
Dan loores y gracias, sin medida;  
Que en casos tan estraños, claramente  
Más es Dios quien pelea que la gente.

## LXXXIII.

»De tamañas victorias se rodeaba  
El viejo Rey Alfonso esclarecido,  
Cuando el que tanta lid venciendo andaba,  
De años duros y muchos fue vencido:  
Pálida le tocó dolencia brava  
Con fria mano el cuerpo enflaquecido:  
El tributo, á que nadie se resiste,  
Así pagando á Libitina triste.

## LXXXIV.

»Los altos promontorios le aclamaron  
Y sembradas campiñas pesarasas:  
Aguas de rio y fuente le lloraron,  
Con lágrimas corriendo más copiosas;  
Y tanto por el reino se espaciaron  
De su virtud las obras valerosas,  
Que *Alfonso*, *Alfonso*, en monte y valles huecos  
No dejan nunca de sonar los ecos.

## LXXXV.

»Sancho, fuerte mancebo, que quedaba,  
Imitando á su padre en valentía,  
Como en vida del mismo lo probaba  
Cuando el Bétis de sangre reteña  
Y el bárbaro poder desbarataba  
Del Ismaelita Rey de Andalucía;  
Y cuando los que á Beja circunyeron,  
De su brazo á los golpes sucumbieron,

## LXXXVI.

»Despues que por Monarca fué elevado,  
Y á pocos años que reinado habia  
Y á la ciudad de Silves ha cercado,  
Y campos que sembró la gente impía,  
Fué por huestes valientes ayudado  
De la armada Germana, que venia  
Con ejército y medios de pelea,  
El recobro á buscar de la Judea.

## LXXXVII.

»Iban la empresa á secundar que intenta  
El rojo Federico, que provisto  
De poderosa hueste, se presenta  
En la ciudad de la pasion de Cristo,  
Despues que Guido su legion sedienta  
Rindió de Saladino al pueblo misto,  
Allí donde al cristiano le faltaba  
El agua que á los ímpios les sobraba.

## LXXXVIII.

»Y á aquella armada hermosa, que aparece  
Por contraste del viento hácia esa parte,  
Ayudar á D. Sancho bien parece:  
Y porque asiste y sirve al santo Marte,  
Así como á su padre le acontece  
Cuando tomó á Lisboa, de igual arte,  
Del Germano ayudado, á Silves toma,  
Y á su infiel poblador destruye y doma.

## LXXXIX.

»Y si trofeos tantos del Mahometa  
Conquista su valor, tambien del fuerte  
Y fiero Leonés la tierra inquieta,  
Y por do quiera esparce estrago y muerte,  
Hasta que al yugo la cerviz sujeta  
De Tuy soberbia que la misma suerte  
Vió tener á otras villas aldeañas,  
Que de Sancho pregonan las hazañas.

## XC.

»Mas entre tantas palmas asaltado  
De muerte por la ley, quedó heredero  
Hijo suyo, de todos estimado,  
Que fué segundo Alfonso y Rey tercero.  
En su tiempo á los Moros fué tomado  
Alcázar de la Sal, á lo postrero:  
Porque de antes le entró la sarracina:  
Mas ora lo pagaron con gran ruina.

## XCI.

»Del muerto Alfonso el genio no reside  
En el segundo Sancho descuidado;  
Que tanto en su desidia se desmide,  
Que de aquellos que manda es él mandado.  
De gobernar el reino que otro pide,  
Por causa de privados, fué privado;  
Porque como por ellos se regia,  
En sus vicios y fraudes consentia.

## XCIII.

»No era Sancho, en verdad, tan deshonesto  
Como Neron, que á un mozo recibia  
Por mujer, y despues horrendo incesto  
Con su madre Agripina cometia:  
Ni tan crudo á las gentes y funesto,  
Que la ciudad quemase en que vivia:  
Ni cual lo fué Heliogábalo, fué malo:  
Ni como el muelle Rey Sardanapálo.

## XCII.

»Ni tampoco su pueblo era oprimido  
 Como Sicilia fué por sus tiranos;  
 Ni habia como Fálaris querido  
 Género de tormentos inhumanos;  
 Mas reino que guiado está y servido  
 Por señores en todo soberanos,  
 A otro Rey no obedece ni consiente  
 Que no sea ante todos escelente.

## XCIV.

»Por esta causa el mando encomendóse  
 Al conde Boloñés, por Rey no alzado  
 Hasta que el plazo de vivir cumplióse  
 A su hermano D. Sancho, al ocio dado:  
 Ese, que Alfonso el Bravo apellidóse,  
 Despues de haber el reino asegurado,  
 De dilatarlo cuida: que ancho pecho,  
 En espacio y lugar no cabe estrecho.

## XCV.

»De los Algarves, tierra de que afora  
 Por el su casamiento, estensa parte,  
 Con duras armas, de la gente Mora  
 Conquista, mal querida ya de Marte.  
 Él del todo dejó libre y señora  
 A Lusitania con esfuerzo y arte;  
 Y acabó de formar la nacion fuerte,  
 En la tierra que al Luso cupo en suerte.

## XCVI.

»Viene luego Dionis, que bien parece  
 Del bravo Alfonso estirpe noble y dina;  
 Que con su genio espléndido escurece  
 La liberalidad Alejandrina:  
 Con este el reino próspero florece  
 (Ya asentada la paz áurea y divina)  
 En estatutos, leyes, y costumbres,  
 En paises, ya quietos, claras lumbres.

## XCVII.

»En Coimbra primero ejercitarse  
 Hizo en la sabias artes de Minerva;  
 Y de Helicón las musas trasladarse  
 Del Mondégo á pisar la fértil yerba.  
 Cuanto puede de Atenas desearse,  
 Todo el facundo Apolo aquí conserva:  
 Las liras y los plectros de oro y nácar,  
 Las coronas de verde lauro y hácar.

## XCXIII.

»En pueblos convirtió las soledades:  
 Alzó torres, castillos muy seguros:  
 Reformó todo el reino, y las ciudades  
 Adornó de edificios y altos muros:  
 Y despues que dió fin á sus bondades  
 Atropos y á sus dias ya maduros,  
 Á Alfonso cuarto deja, no obediente  
 Hijo, mas Rey glorioso y escelente.

## XCIX.

»Este las arrogancias Castellanas  
 Desprecia y al contrario deja aborto:  
 Porque no es de altiveces Lusitanas  
 Que tema á otro poder el suyo corto:  
 Antes, cuando invadió tierras hispanas  
 La Máura gente, del infierno aborto,  
 Entró Alfonso esforzado á hacerles guerra,  
 Y á defender la Castellana tierra.

## C.

»Con Semíramis nunca gente tanta  
 Fue los campos Hidáspicos hinchendo;  
 Ni Atila, que á la Italia toda espanta,  
 Llamándose de Dios azote horrendo,  
 Nunca gótica gente llevó cuanta  
 Del Sarraceno bárbaro estupendo,  
 De Granada á la inmensa tropa unida,  
 Fue en los Tartésios campos contenida.

## CI.

»Con que viendo el Rey noble Castellano  
 La inexpugnable hueste, grande y fuerte,  
 Temiendo más el fin del pueblo Hispano,  
 Ya perdido una vez, que no su muerte,  
 Pidiendo ayuda al bravo Lusitano  
 Le envió la esposa á quien le unió la suerte,  
 Mujer del que la manda, si hija amada  
 De aquel á cuyo reino fue mandada.

## CII.

»Pisaba la hermosísima María  
 Los paternos palacios sublimados,  
 Lindo el rostro, aunque exento de alegría,  
 Y los ojos de lágrimas bañados;  
 Los cabellos angélicos traía  
 Por los ebúrneos hombros derramados;  
 Y al padre ledo, cuyo gozo aflige,  
 Llorando, estas palabras le dirige:

## CIII.

—«De cuanta raza cuenta el pueblo misto  
 De África toda, horrible gente estraña,  
 El gran Rey de Marruecos va provisto,  
 Á la conquista de la noble España:  
 Poder tamaño junto no se há visto,  
 Desde el salado mar la tierra baña;  
 Y crudos y feroces vienen tanto,  
 Que á los vivos y aun muertos dan espanto.

## CIV.

»En tanto el que me diste por marido,  
 Por defender la patria amedrentada,  
 Con ejército escaso está ofrecido  
 Al duro golpe de la Máura espada;  
 Y si de ti no fuere socorrido,  
 Me verás de su Trono, y dél privada,  
 Y viuda, y triste, y puesta en vida oscura,  
 Sin marido, sin reino y sin ventura.



## CV.

»Portanto; oh Rey! de quien con largo miedo  
El corriente Mulucha se alborota,  
Rompe toda tardanza, acorre cedo  
A estorbar de Castilla la derrota;  
Si ese aspecto que muestras claro y ledó,  
De padre el verdadero amor denota,  
Acude, padre; si veloz no entras,  
A quien ya socorrer quizá no encuentras.»—

## CVI.

»De igual modo la tímida María  
Hablando está, que Vénus triste cuando  
A Júpiter su padre le pedia  
Por hijo que el Tirreno está sulcando;  
Y con tanta piedad le conmovia,  
Que soltando á sus pies el rayo infando,  
Todo lo otorga el padre, de amor loco,  
Pesándole que pídale tan poco.

## CVII.

»Pero ya del tropel de gente armada  
Los Eborenses campos van cuajados:  
Brillan al sol arnés, lanza y espada,  
Los caballos relinchan enjaezados;  
Y la canora trompa enlistonada  
Los pechos, á la paz acostumbrados,  
Va incitando al combate, con sus ecos,  
Que zumban de los valles por los huecos.

## CVIII.

»En medio y entre todos se sublima,  
De las insignias reales adornado,  
El valeroso Alfonso, que por cima  
De todos se levanta decorado.  
Con su aspecto no más mueve y anima  
A cualquier corazon amedrentado;  
Y con la hija así que en ella manda,  
A entrar vá de Castilla por la banda.

## CIX.

»Dan á los dos Alfonsos finalmente  
Los campos de Tarifa ancho horizonte,  
Que tapa multitud de Máura gente,  
Para quien son estrechos campo y monte.  
No hay corazon tan alto y tan potente  
Que con gran desconfianza no se afronte,  
A menos que conozca y claro vea,  
Que con sus brazos Cristo es quien pelea.

## CX.

»Del cristiano poder están riendo  
Los de Agár en el campo muy vecino,  
La tierra de antemano repartiendo  
Con que ya cuenta el fierro damasquino;  
Y el que, con falso título, luciendo  
Está el famoso nombre Sarracino,  
Así tambien la tierra que circuya,  
Con cuenta equivocada, llama suya.

## CXI.

»Como el membrudo bárbaro gigante,  
Del Rey Saúl con causa tan temido,  
Viendo al pastor inerme de él delante  
De esfuerzo y piedras solo apercebido,  
Con palabra soberbia y arrogante  
Desprecia al flaco mozo no vestido,  
Que de la honda al són le desengaña  
De que más puede fé que fuerza y maña:

## CXII.

»Del mismo modo el Máuro la firmeza  
Desprecia de los fieles, y no entiende  
Que aquella alta divina fortaleza,  
De quien tiembla el infierno, les defiende.  
Con ella el Castellano y con destreza,  
De Marruecos al Rey embiste, ofende;  
Y temblar hace al Moro de Granada  
El Luso que la vida pone en nada.

## CXIII.

»Las espadas y lanzas recrujian  
Sobre escudos y arneses ¡fiero estrago!  
Llaman (segun la ley que allí seguian)  
A su Mahoma aquel, este á Santiago;  
Los heridos con grito el cielo herian,  
Haciendo de su sangre negro lago,  
Donde otros, que del fierro se salvaban,  
Semi vivos caian y se ahogaban.

## CXIV.

»Con esfuerzo tan grande de hõrror llena  
El Luso al Granadil, que en duro estrechõ  
Le pone en poco tiempo y desordena  
Armas y gente, en huracan deshecho.  
Mas de alcanzar victoria á poca pena  
No muy contento el generoso pecho,  
Vá en ayuda del noble castellano  
Que está en lid con el fuerte Mauritano.

## CXV.

»Ya se iba el sol ardiente recogiendo  
A la casa de Tétis, y estinguido  
(Para el poniente á Véspero atrayendo)  
Era aquel dia tanto esclarecido,  
Cuando el poder del bárbaro tremendo  
Fue por los bravos Reyes oprimido  
Con mortandad tan larga, que memoria  
Nunca habrá el mundo de mayor victoria.

## CXVI.

»No de muertos la cuarta parte Mario  
Hizo de los que en este vencimiento,  
Cuando el agua, con sangre del contrario,  
Dió á beber á su ejército sediento:  
Ni el de Cartago, aspérrimo adversario  
Del Ítalo poder por nacimiento,  
Que celemines tres de anillos toma  
Solo de nobles que mató de Roma.

## CXVII.

»Y si tú tantas ánimas pudiste  
Mandar al negro reino del Cocito,  
Cuando la ciudad santa destruiste  
Del pueblo, pertinaz en torpe rifo,  
Fue permision celeste, ejemplo triste,  
No fuerza de tu brazo, insigne Tito;  
Que así por los poetas fue anunciado,  
Y por Jesus despues certificado.

## CXVIII.

»Alcanzada tan próspera victoria,  
Y vuelto Alfonso á portuguesa tierra,  
A disfrutar en paz de tanta gloria  
Como supo ganar en dura guerra,  
El caso triste y digno de memoria,  
Que á huésped del sepulcro desentierra  
Aconteció de mísera y cuitada,  
Que fue despues de muerta coronada.

## CXIX.

»¿Quién será, ciego dios, que de tí huya,  
Y de tu dulce ley, que á tanto obliga?  
Tú causaste la odiosa muerte suya,  
Tratándola cual pérvida enemiga.  
Si dicen, fiero Amor, que la sed tuya  
Ni con lágrimas tristes se mitiga,  
Es porque quieres, con maldad tirana,  
Tus aras empapar en sangre humana.

## CXX.

»Te hallabas, bella Inés, quieta en sosiego,  
De tus años cogiendo el blando fruto,  
Del alma en el engaño dulce y ciego  
(Que la dicha no dura como el luto)  
En el florido campo del Mondégo,  
Del cristal de tus ojos nunca enjuto,  
A las plantas diciendo y flores nuevas  
El nombre que en el pecho escrito llevas.

## CXXI.

»De tu Príncipe allí te respondian,  
Los recuerdos que en su alma dominaban;  
Que siempre ante sus ojos te traian,  
Cuando ausentes los tuyos dél estaban,  
De noche dulces sueños que mentian,  
De día pensamientos que volaban;  
Siendo, en fin, todo sueño y pensamiento,  
Sola ocasion de dicha y de contento.

## CXXII.

»De Princesas y damas mil hermosas  
El los preciados tálamos no aceta,  
Que no halla fino amor prendas preciosas,  
Sino en el caro bien que nos sujeta.  
Viendo estas raras muestras amorosas  
El noble padre anciano, que respeta  
El murmurar del pueblo ante el capricho  
De no casarse, que el doncel le ha dicho: